

Un modo de cantar, de SARA VIAL. Talleres Arancibia.
Santiago, 1962

En un soneto, que recuerda los ecos de Garcilaso y de Lope, se nos da la idea de una fusión íntima, de una simbiosis espiritual entre los amantes. Difícil es la desunión, la vida en planos distintos.

Sara Vial, después de haber razonado su angustia y gozo, escribe: "Me inventaré una ausencia para hallarme / un modo de cantar, sin arrancarme / mi propio ser, el tuyo, allí dormido".

Ciertos poetas místicos, Raimundo Lulio, entre ellos, expresan la misma angustia, convertida en visión inefable de amores trascendentes.

Las figuras literarias han sido distribuidas con armonía, sin reiteración. A veces, las metáforas impuras, con sus nexos ideológicos escamoteados, nos conducen hasta los dominios de la ciencia. Ahí está, por ejemplo, la inteligente alusión al agua, origen de la vida. Anota Sara Vial: "Los mimbres que nacieron junto al agua, / antepasada errante, / fluido del origen vagabundo".

La autora teje sus memorias y vivencias. Y nos entrega "las cañas del sueño", "el hilo finísimo del viento", unos "ovillos como lágrimas".

Su bella peregrinación emotiva se corona con un dilatado epifonema, programa y final de ruta, anhelo y comprensión: "Y ha de ser una barca, / tan leve de empujar sobre la nada / mi corazón perdido".

Ocurre que determinados elementos poéticos tienen la virtud de ser aptos para complementar el vuelo de una divagación o de un pensamiento hondo. Tal vez así sucede con esas "gaviotas", inmersas en el gran poema titulado "Adán".

Vale esta composición por el constante interrogar del poeta, siempre en trance de elevar a sus criaturas. La figura del pobre Adán cobra su grandeza, no por lo que tuvo, sino por aquello que el mismo Dios le negó. "No aprendiste a crecer, padre Adán, no tuviste / entre las altas ramas de tu cielo terrestre / el nidal de una madre, primitivo y posible. / ¡No aprendiste a gatear entre las gaviotas!"

¿Acaso semejantes aves tienen valoraciones de altura y de inquietud? El poeta español Moreno Villa les dedicó un bello poema, en donde ensalza el divino rumor de su roleo.

De noble y equilibrada arquitectura son varios de sus sonetos. Cumplen esa función de ser algo así como la mágica alfombra, que se abre con morosidad para mostrar los realces de encaje paciente.

Sara Vial maneja el verso con señorío. Y sus pensamientos, sin experimentar distorsiones caprichosas, fluyen con seguridad.

¿Qué estrofa elegiríamos? Un poco al azar, entre tanta cosa bien lograda, el siguiente cuarteto: "Y vuelvo a oír tu flauta campesina / tu palabra viril

hasta la queja / por ese niño tuyo que comía / cebolla tan amarga en la pobreza".

Ahí está la esencia de Miguel Hernández, poeta.

VICENTE MENGOD.

Mi patria es difícil, de ERNESTO MURILLO. Editorial del Pacífico.
Santiago, 1962

La geografía de un país tiene dos vertientes distintas y complementarias. Ciertas realidades concretas pueden convertirse en motivación de lirismos. Y esa natural predisposición lírica, desprovista de todos los elementos emocionales, toma la forma de canto deshumanizado. Como es natural, cabe la posición intermedia, el tránsito de una a otra fase. Entonces, el poeta fija sus plantas en la tierra y en el cielo, es hombre de pupila sincera y de poética sensibilidad.

El reciente libro de Ernesto Murillo, *Mi patria es difícil*, tiene calidades de poesía telúrica, varonil, de sobrecogedora sinceridad. Diríase un canto que objetiva la realidad, para abrirse después en rítmicas ondulaciones. Algunas de sus poesías se inician con la noble andadura de un himno y terminan con la suave irisación de una égloga, inspirada por un campo pétreo, por unas flores en cuyas entrañas hay peces, minerales, polvo y cielo.

Veamos algunas metáforas sugeridas: "Corre un río de arena". "El cerro Imán se suicida / para entregarle su hierro". "Y así nació Incahuasi, pétalo mineral; / aire de fuego, seco terrón perdido / en el delgado pecho de mi patria".

Ernesto Murillo distribuye con maestría las reiteraciones interrogativas, llega hasta los umbrales de la onomatopeya, tiene el buen gusto de no abusar de las manidas comparaciones, tan frecuentes en la poesía improvisada y efectista.

La ciudad de Arica le sugiere dos imágenes de solera impresionista: "Quién pudo modelar este imposible morro / de rocas suspendidas en el aire". "Quién juntó soledad tras soledad / y la apretó en esta ciudad caliente".

Un aguafuerte vibrante es el poema dedicado a "Lota bajo". La proyección lírica, trasunto de realidades vividas con los ojos y con el cuerpo entero, se expande en "Biobío en Invierno". Como final de ruta de una peregrinación geográfica, empapada de canción de linfas, escribe el poeta: "Siento salir del pecho una azucena oscura / y siento que si un día me rompo las arterias / me brotarán copihues y fucsias y murtillas".

Una geografía, entre espiritual y verídica, ensaya su contrapunto en la obra de Ernesto Murillo. Sin estridencias, prima el valor telúrico, la fuerza vivencial, el ritmo impuesto por la motivación poética. Recuérdese que Paul Claudel creó una secuencia rítmica basada en la respiración del hombre,